



LECCIÓN INAUGURAL

Los espejos de la historia en el presente de China: reflejos y percepciones

Manel Ollé

manel.olle@upf.edu

(Universitat Pompeu Fabra)

Con el influyente y recientemente muy debatido libro *The History Manifesto* (<http://historymanifesto.cambridge.org/>), los profesores Jo Guldi (Brown University) y David Armitage (Harvard University), han venido a recordarnos de forma argumentada y consistente el reductivo sinsentido de dejar el pensamiento histórico fuera del repertorio de saberes que pueden contribuir decisivamente a entender el presente. También el presente chino.

Los vientos que soplan desde hace algunas décadas han tendido a dejar el análisis del presente en manos de la politología, el periodismo, la economía, la sociología, la demografía, la teoría de la comunicación, la computación basada en las grandes cifras... El aumento exponencial de información disponible ha acentuado un presentismo hipnótico, capaz de formular sofisticados diagnósticos sincrónicos actualizados hora a hora... Sin embargo, este tipo de aproximación (muy estimable y no pocas veces compleja y competente en su ámbito explicativo), al prescindir de la perspectiva histórica (es decir de la historia económica, social, institucional, política o cultural...), deja algunas zonas de sombra fuera de su contemplación, que oscurecen y condicionan la comprensión cabal del presente, y conlleva una mirada limitada y una toma de decisiones también cortoplacista, demoscópica, coyuntural, a veces peligrosamente improvisada, incapaz de contemplar, comprender, y afrontar los problemas y los procesos que vienen de lejos (o de muy lejos), los retos de fondo, las dinámicas que requieren cambios tectónicos, no meros retoques de urgencia. Sin la perspectiva de la historia, queda también fuera de consideración la diversidad de factores relevantes, y de soluciones o de errores que se han ido cometiendo en coyunturas más o menos similares a las que se estén ahora contemplando.

El foganazo de luz intensa de un corte sincrónico basado en estadísticas, datos numéricos, gráficos y sumarios de lo inmediato tiende a aturdirnos: como a las pequeñas alimañas del bosque que quedan paralizadas y estupefactas en medio de la carretera ante los faros cegadores de un futuro inmediato que se acerca acelerado e implacable, y del que se puede a lo sumo escapar de refilón. Un futuro inmediato que se tiende a ver como inexorable y de vía única, en base al alud de diagnósticos numéricos: llevando a respuestas únicas, indiscutibles, de “racionalidad” incuestionable. Lo primero que pone de manifiesto la comprensión del presente desde una perspectiva

histórica es la simplificación, normalmente interesada, de una causalidad determinista, en el que los diagnósticos implican una única vía de actuación racional, un destino inexorablemente desastroso si no se hace lo indicado, presuntamente al dictado de los datos y evitando lo peor. Lo primero que la historia (el pensamiento histórico complejo, no el cuento de hadas al uso) introduce en la contemplación del presente y en las recetas prospectivas que tienden a derivarse es el principio de incertidumbre, de complejidad, de pluralidad de actores, de factores y de opciones. Los procesos y las crisis del tipo que sean nunca tienen un único diagnóstico ni una única salida. Aquí y en la China popular.

Lo cierto es que, tal como afirman en *The History Manifesto* los profesores Jo Guldi y David Armitage, cuanta mayor perspectiva histórica se puede abarcar, mayor capacidad transformadora y mayor posibilidad de afrontar estrategias de largo alcance y de ambición responsable. Cuanta mayor perspectiva histórica se puede contemplar, mayor matización podemos introducir en los relatos y los diagnósticos sincrónicos, mayor posibilidad de vislumbrar las lógicas subyacentes a los procesos, las inercias heredadas y las innovaciones emergentes, mayor posibilidad de lidiar con los ritmos, los discursos, los actores, los agentes y los factores influyentes o decisivos en concurrencia, que no por menos obvios, formalizables, inmediatos o visibles son menos relevantes.

Evidentemente, cuando hablan de historia, Jo Guldi y David Armitage no se refieren a la historia entendida como una serie de recreaciones mitológicas y de relatos en blanco y negro, cortados a medida del presente oficial de turno, entre el tabú o la derogación de lo incómodo y la exaltación de lo glorioso, pergeñados y reinventados para legitimar sistemas políticos, partidos o poderes, y así de paso cohesionar naciones y colectivos. Se refieren por contra a un conocimiento histórico crítico, razonado, quizás algunos dirán que no científico, pero en cualquier caso sí analítico, fundamentado en datos contrastados y metodologías interpretativas consistentes y validadas, que intenta dar cuenta de la complejidad, sin dejarse atrapar en las redes del apriorismo interesado, emotivo y unidimensional. Un conocimiento frecuentemente incómodo para el poder de turno.

¿En qué medida la Historia puede aportarnos un conocimiento insustituible de la China actual que no podamos encontrar por otros lados y que pueda contribuir a liberar de simplificaciones y matizar o dotar de mayor fuerza explicativa lo que desde otras disciplinas podemos esclarecer?

Para ver un ejemplo concreto: si se intenta describir y analizar el sistema informativo y de comunicación de masas de la China del año 2017 sin tomar en consideración la evolución experimentada desde 1976, se incurre en un ejercicio en buena medida estéril, conducente a la simplificación esencialista, irrelevante y esquemática. En este ámbito informativo, y en estas últimas décadas, solo podemos empezar a entender algo plausible si tenemos en cuenta al mismo tiempo los cambios generados por el aumento exponencial de fuentes informativas, por los márgenes cambiantes y constantemente renegociados de pluralidad limitada, y por la acción paralela de la censura en todas sus formas, o la emergencia gradual del pan y circo, la acción del mercado (al mismo tiempo banalizadora y creadora de nuevos perfiles de "consumidores" de noticias más exigentes y críticos con lo que se cuenta sobre lo que sucede, al margen de la ideología), el empuje de los profesionales, la pervivencia de los medios más propagandísticos que vienen de periodos anteriores y la emergencia de nuevos espacios y formatos, controlados pero al servicio del quiosco, la audiencia y la

publicidad, que expresan e impulsan la diversificación social y de intereses, la revolución y el impacto social que ha significado en China internet (a pesar de sus murallas), la mayor o menor visibilidad de una esfera pública y de una incipiente (e incómoda) sociedad civil, o bien el influjo directriz, ideológico y propagandístico del Partido, con la convivencia de las viejas maneras coercitivas y los mecanismos más sofisticados de "guía de la opinión pública", ya imprescindibles en tiempos en los que todo se sabe y en los que ocultar noticias ya no es factible, y en los que en China y fuera de China se imponen más bien las realidades alternativas, las post-verdades o las interpretaciones cocinadas por los asesores y "spin-doctors"...

Todas ellas son variables en un ámbito de la realidad china actual (el ámbito de la información y las industrias de la comunicación de masas) que solo cobran sentido si se contemplan en su dinámica cambiante de acción sobre una franja temporal de varias décadas, que permita determinar las evoluciones, tensiones, correlaciones, avances y retrocesos o endurecimientos (como los que en este terreno se han experimentado de forma clara en el último lustro de mandato de Xi Jinping). Comparar el presente de China con el presente de otros ámbitos geográficos más o menos lejanos, sin contrastarlo con su propio pasado, conduce a percepciones esquemáticas, irrelevantes y distorsionadas.

No se trata pues de justificar o legitimar el presente a través de la historia como se acostumbra a hacer, excavando en ella los nichos más cómodos y convenientes, sino que se trata de entender desarrollos recientes e incluso de detectar permanencias, dinámicas latentes, inercias, perduraciones de largo alcance que alcanzan la orilla del presente. Si el ámbito de interrogación es —como efectivamente es el caso— el del peso y el influjo de la historia en la China de hoy, cualquier intento de explicación multiplica exponencialmente las variables de incertidumbre: explorar el pasado en esta perspectiva de su proyección hacia el presente deviene una empresa que se resiste a diagnósticos taxativos, a esquemas o relatos reduccionistas.

Es un hecho constatable, por ejemplo, que cuanto más se aleja en el tiempo la Revolución Cultural (1966-1976), más irreductible y compleja se vuelve, más perfiles revela, más subtramas y relatos paralelos añaden interrogantes a lo que en un primer momento parecía un episodio histórico claramente discernible. Es también constatable su influjo sobre el presente por vías diversas e insospechadas. A simple vista la China dinámica de los rascacielos rutilantes, con su hedonista y descreída población y sus dirigentes de trajes negros de corte impecable nada tiene que ver con el fanatismo y la convulsión del periodo de la Revolución Cultural, pero solo por contraste inverso y por reacción traumática a la radicalidad violenta es posible entender la apuesta férrea por el pragmatismo, la dirección colectiva y colegiada sin liderazgos individuales que ha imperado hasta hace unos pocos años, la apertura al mundo y la invariable apuesta por la estabilidad y la armonía, el miedo a la vuelta del *luan*, el caos como norma cotidiana que se instaló en el país antes de 1976.

En el presente de la China de hoy, cuando la Revolución Cultural parecía condenada a ser un lejano recuerdo desprovisto de carga política, ha irrumpido de forma insospechada en el escenario del debate político más acuciante. El fantasma de la posible vuelta a las convulsiones de la Revolución Cultural era invocado el 14 de marzo de 2012, en la rueda de prensa que daba cuenta de la finalización de la reunión anual de las dos cámaras legislativas china, por el presidente del gobierno chino Wen Jiabao

como razón de fondo para defenestrar al presuntamente conspirativo y corrupto líder del partido en Chongqing y miembro del politburó, Bo Xilai, quien conjugaba maneras y sonrisa de político americano, estilo autoritario, izquierdismo retórico, redes de espionaje a sus rivales, corrupción multimillonaria e impulso de campañas de retorno nostálgico a las canciones rojas y las estéticas y ficciones romantizadas de los tiempos de la Revolución Cultural, como medida de rearme moral del país y de fortalecimiento del partido. De repente, en la transición del liderazgo que iniciaba la entronización de la quinta generación de líderes chinos, la Revolución Cultural había dejado de ser un remoto paisaje de fondo y se había convertido en pieza operativa del tablero.

Apuntaré aquí a dos perspectivas históricas distintas y complementarias, que no estaría de más incorporar a nuestro utillaje indagatorio y a nuestro escenario mental cuando pensamos e intentamos explicarnos la China de hoy. La primera perspectiva nos remite a historia de las sucesivas reinenciones de China que hemos ido emprendiendo los que la hemos descrito desde fuera, la segunda perspectiva nos remite a los impactos sobre el presente de dinámicas históricas de largo, medio o corto alcance.

La historia de las reinenciones de China

El conocimiento de la historia de las lógicas y los mecanismos con los que hemos ido reinventando desde Europa o América en distintos periodos y contextos nuestras imágenes y percepciones de China es relevante en la medida que estos sesgos cognitivos y mecanismos de deformación subjetiva son plenamente operativos y vigentes en nuestras percepciones actuales. Y estaremos por siempre condenados a reiterar mecánicamente apriorismos, prejuicios, errores de bulto o inercias más o menos ilusas o interesadas si no los identificamos y los deconstruimos críticamente, y si por el contrario seguimos alegremente sirviéndolas en la mesa, como una variable más, que puede restar toda validez, interés o verosimilitud explicativa a nuestros relatos y discursos sobre la China de hoy. Vinculada a esta perspectiva epistemológica, quizás de un interés más lateral o menor en el marco que aquí se dibuja, sea el conocer la historia de los escenarios, los altibajos, los avatares y los condicionantes de nuestras relaciones políticas, económicas o culturales con China, entendida evidentemente como un sujeto activo y determinante en este proceso, no como un mero pasivo objeto de deseo de provecho comercial, expansión, cultural, territorial o misional.

El relato (crítico y reflexivo) de cómo nos hemos ido relacionando los europeos o los americanos con China (y China con nosotros), y sobre todo el relato crítico de las sucesivas reinenciones interesadas y parciales en las que hemos ido proyectando sobre China nuestros fantasmas, nuestros deseos y miedos, nuestros prejuicios o nuestra ingenuidad, debería marcar una apertura atenta y reflexiva, que valore las reescrituras de la traducción del presente chino a realidades lejanas. Entre el orientalismo que al tiempo enaltece sabidurías orientales (hoy reinventadas en forma de gobernantes invariablemente sagaces, que cazan ratones blancos y ratones negros y sueltan aforismos asombrosos) y desprecia presuntos atavismos paralizantes, entre la sinofilia y la sinofobia, entre la esencialización y la invisibilidad, desde tiempos arcanos hasta el presente, al margen de lo que realmente pueda suceder en China, hemos ido revistiendo a la novia con velos y ropajes exóticos, o bien taimados, utopizantes, amenazantes... En esta tesitura, también la perspectiva inversa complementaria nos sería de no poca utilidad: saber cómo China nos ha ido percibiendo, desde qué utillajes conceptuales, con qué sesgos occidentalistas, simplificadores, mitificadores etc...

No hablo aquí de la muy necesaria (pero de restringido alcance especializado) curiosidad erudita sobre si Marco Polo estuvo o no en China, o sobre sí inventaba más o menos, o sobre si los jesuitas traducían así o asá o si exageraban más o menos, o de si la China de los filósofos en el poder que dibujaba Voltaire y algunos otros, fisiócratas o ilustrados, tenía algún viso de verosimilitud... Hablo de una toma de conciencia de los mecanismos ideológicos y culturales de estos procesos de percepción que a lo largo de la historia se han ido sucediendo y nos llevan hasta el presente. Hablo de cómo en estas últimas décadas nuestras percepciones de China van oscilando radicalmente y sin que nos ruboricemos de la sinofilia más acrítica a la sinofobia demonizante, o de la confianza ciega al catastrofismo total (el siempre anunciado próximo colapso total del sistema chino), según los contextos y los entornos o intereses de los que emiten estas imágenes sesgadas e interesadas.

Robert Dawson describió en su *Camaleón Chino* la historia de este procesos de percepción, y sin darse cuenta incurrió en su propia trampa: después de haber analizado el baile de sucesivas reinenciones de China, él mismo ofreció (a finales de los años sesenta) un nuevo espejismo empañado que añadir a su colección al criticar como se tendía a denostar mucho a la China del presente en un momento tan vibrante y esperanzador, con sus comunas, su Revolución Cultural alejada del envejecido y antipático anquilosamiento del socialismo real soviético: su alusión a una Revolución Cultural idílica, en sintonía con la percepción general que de ella tenían por aquel entonces los jóvenes europeos maoístas o simplemente izquierdistas o libertarios, no deja de llamar la atención.

El reverso del espejismo utópico de la Revolución Cultural (o siglos atrás la exhubetmte y casi utópica visión de la China Ming y Qing de los jesuitas europeos o de algunos ilustrados paradójicamente inspirados en ellos) lo vemos aún en el *topoi* reiterado del peligro amarillo, de una China presuntamente violenta, inestable, vociferante, amenazante, hiperventilada e intratable en la escena internacional. Cualquier análisis ponderado del papel internacional de China, pone de manifiesto como su escaso uso del veto en la ONU, su política general de buena vecindad, o incluso su combinación de una retórica encendida simultaneada al mismo tiempo con pragmatismo y fluidez económica con Japón y algún otro vecino de los Mares del Sur, nos hablan de un papel alejado de esta simplificación interesada: la Europa que ha visto guerras en su seno como la de los Balcanes o la norte-américa que ha alentado o protagonizado conflictos sangrantes a lo largo y lo ancho del globo, palidecen en la comparación... Esto no significa que China no haya endurecido posiciones regionales en este último lustro, o que su diplomacia económica no contenga dosis forzadas de subalternización: en países como Birmania empiezan algunos a verlo así...

Entre los sesgos cognitivos que marcan habitualmente nuestras percepciones y discursos sobre China se constata la frecuencia de la sinécdoque: hemos tendido a tomar la parte por el todo, a formular visiones y teorías generales de China a partir de cuatro o cinco o cinco mil datos, quizás no falsos pero casi siempre demasiado sectoriales, escasos y parciales: hemos tendido a ver en China lo que nos ha convenido ver, y seguimos instalados en ello... Las enormes dimensiones demográficas y geográficas, junto a la gran diversidad de experiencias, grupos sociales o nacionales, y la diversidad de procesos en marcha, acentúan el impacto desviante de este tipo de reducción de foco. Hemos visto la ciudad y olvidado el campo, hemos visto la costa y olvidado el interior,

hemos visto el centro y olvidado la periferia, hemos visto la elite y olvidado al resto, hemos imaginado una clase media de grandes dimensiones, y hemos forzado definiciones para hacerla crecer en nuestros ojos.

El *wihstful thinking* se asocia también a estos procesos: por ejemplo las reiteradas deducciones indemostrables e indemostradas de que con el reformismo económico, llegará por ósmosis contagiosa la democratización a China. Este tipo de apriorismos interpretativos forman parte relevante en las motivaciones que activan a los motores de reinención de China...

Otra luz de gas habitual que nos hemos ido enviando en diferentes momentos y escenarios ha sido el de mitificar a la China lejana y al mismo tiempo criticar fuertemente y despreciar a la China cercana: por ejemplo a los chinos emigrantes que tenemos viviendo entre nosotros. En estas últimas décadas algo de eso se ha visto en la Usera madrileña o el Fondo barcelonés. Ya en el siglo XVII, los españoles de Manila ensalzaban y soñaban con el Gran Reino de la China como un paraíso en la tierra al que solo le faltaba cristianizarse y someterse al Monarca Universal, pero al mismo tiempo calificaban de taimados, afeminados, impíos y nada fiables a los chinos de Manila... y remataban sus recurrentes rebeliones con limpiezas étnicas sin paliativos, que se llevaron por delante de forma expeditiva en varias ocasiones a algunas decenas de miles de emigrantes chinos de Manila en el siglo XVII

Por otro lado, hemos tendido a bucear vestidos con traje y corbata por el pasado chino, de forma absurda y simplificada: partiendo de la base de una radical e insalvable diferencia (siguiendo la máxima colonial de Ruyard Kypling: *East is East, and West is West, and never the twain shall meet...*), y buscando en realidad no la historia sino el eco de las esencias y los rasgos de civilización indelebles (valores asiáticos o confucianos, una laboriosidad y un gregarismo atávico, una supuesta obediencia típicamente china...), siguiendo en esto el trazo dejado por ilustres nombres como los de Hegel, que afirmaba que China no tenía historia sino civilización, que en ella no se producía la confrontación de dinámicas polares contrapuestas, sino la reiteración de lo inmóvil y lo aislado, marcado a piedra y fuego por rasgos culturales idiosincráticos.

Aunque ahora ya no es formulado en términos fuertes y taxativos, este culturalismo determinista se presupone en alguna medida, y asoma el hocico como un subtexto en menor o mayor medida en no pocas apreciaciones de lo que sucede en China. Este recurso al repertorio de esencias o rasgos culturales fijos y determinantes ha tendido a sernos más cómodo que el explorar laboriosamente las dinámicas singulares de cambio en cada momento, sus tensiones y procesos internos o de relacionamiento externos en lo político, lo social o lo económico. Todos estos sesgos cognitivos de alejamiento de la veracidad, la complejidad, el matiz o la fuerza explicativa tienen que ver más que nada con el aceptar la "distancia" como un hecho constitutivo y diferencial, no como fruto de la ignorancia: con el conformarse con saber más bien poco y al mismo atrevernos a decirlo todo. El ignorar las complejidades de su historia, la lengua y su escritura, las plurales producciones culturales de ayer y de hoy, la vibrante dinámica de su sociedad, sus sueños y ficciones, el trato diario...es mucho olvidar.

Asimismo, a lo largo de la historia hemos tendido a alterar el valor de lo que hemos visto en China en función de la lógica interna de nuestro relato: en función del papel que le hemos dado en nuestros juegos privados de intereses euro-americanos: al

margen de lo que allí realmente estuviese ocurriendo: proyectando deseo, ilusión, miedo... o simplemente otorgando un valor que deriva de la posición que ocupa en un momento dado China en nuestro tablero particular, euro-americano. Para volver al presente en este escenario, el reciente ascenso del presidente Trump con un discurso internacional atrabiliario, proteccionista, provocativo, aislacionista y de dimisión de un papel serio de liderazgo internacional, ha cambiado el contexto de lectura de la figura de Xi Jinping y de la China de hoy. El foco ha dejado de ser la figura amenazante y lo hemos revestido de la noche a la mañana con trajes de estadista con visos de liderazgo global. Sin dejar de ser cierto que cada pieza es lo que es y vale lo que vale en función de su posición en el tablero, y su correlación en un sistema o un paisaje más amplio, no deja de ser simplificador olvidar el resto, y centrarse solo en la posición.

Finalmente abundamos no pocas veces en la tendencia a juzgar enseguida, más a que escuchar; a responder antes de preguntar, a adjetivar antes de describir, a posicionarnos de manera inequívoca a favor o en contra de China (como si eso importase mucho en el campo del conocimiento), aquejados de síndromes de Estocolmo -donde todo se ve requetebién- o de complejos de superioridad -donde todo es manifiestamente mejorable, atreviéndonos a saber sin dudar lo que a China le conviene hacer, mirando a China desde una presunta posición de superioridad moral y de corrección incuestionada, que puede ser derivada aún de un esquema de Guerra fría reeditado a destiempo (el presunto mundo "libre" y avanzado política y socialmente, frente a las "dictaduras" atrasadas política y culturalmente) o simplemente del pueril menoscabo al otro de quien cree vivir en el mejor de los mundos posibles, sin querer ni poder ver las bigas propias, y solo viendo la paja en los ojos ajenos.

Repercusiones de procesos históricos en el presente

La segunda perspectiva histórica relevante (probablemente la más relevante) que el conocimiento histórico puede brindarnos de cara a entender mejor la China de hoy se cifra en el esclarecimiento de los distintos vectores históricos de repercusión factual y efectiva, de anclaje estructural o causal en la China de hoy. Es decir, el identificar y analizar los distintos procesos históricos, de distinto aliento y alcance temporal que arrojan luz y se proyectan sobre la pantalla translúcida, frágil y huidiza del presente en China. Se trata así de valorar el grado y el modo de impacto y de influjo actual de dinámicas lejanas, de "*longue durée*" (larga duración) que pueden llegar a pasar inaudibles en miradas muy focalizadas en lo cercano: procesos multiseculares, incluso civilizatorios. Y se trata evidentemente también de valorar el peso y el influjo de procesos y hechos históricos más cercanos, hasta llegar a los que resuenan desde décadas inmediatas, y parecen incontrovertiblemente influyentes o determinantes en la China actual.

Se trata de detectar en qué modo y hasta que punto, en qué aspectos el presente tiene tratos con dinámicas y relatos que arrancan de tiempos pasados más o menos lejanos. Se trata de que la detección de estos rasgos de conexión con procesos históricos de más o menos largo alcance pongan sobre la mesa elementos de contraste y de juicio en el análisis de lo inmediato, irremisiblemente condenado a la falta de distancia y perspectiva. Así lo vemos en estas palabras del sinólogo Jacques Gernet:

“Lo que a un profano le parece nuevo a veces lo es menos de lo que éste se imagina. Hay vínculos múltiples con el pasado más reciente [...] Pero también hay vínculos, sin duda más sutiles pero no menos fuertes, con un pasado más antiguo. Las aspiraciones revolucionarias,

igualitaristas y utópicas de la tradición china parecen haber seguido inspirando a los dirigentes de la nueva China. Por otra parte, el sentido de la organización, la disciplina colectiva, el adoctrinamiento, las grandes obras públicas de dimensiones gigantescas e incluso el paso tan sorprendente del caos y la anarquía al orden no son cosas tan nuevas en China. En un marco sin duda completamente nuevo, algunas tradiciones estatales y algunas tradiciones morales parecen haberse perpetuado hasta nuestros días. Aunque las referencias sean muy distintas a las anteriores y el contexto internacional muy diferente, quizás con el paso del tiempo se perciba más claramente lo que vincula la China actual a su pasado: somos todavía demasiado sensibles a la parte anecdótica del presente”.¹

De entrada, puede ser revelador el detectar determinadas inercias seculares, inercias institucionales, en la concepción de coordenadas básicas del poder o de la sociedad, que cambian pero lo hacen a partir de patrones previos. Son reveladoras al respecto de estas repercusiones que vienen de los periodos imperiales sobre la gobernación republicana las tendencias que detecta el historiador Jonathan Spence:

“...In the sense that certain aspects of the power of Chinese government over society have continued to manifest themselves under comunism, especially those related to five main areas: governmental secrecy; the public manifestation of authority; the silencing of opposition; the comprehensive scrutiny of people’s lives; and the center’s insistence on seizing the high moral ground”².

Así por ejemplo, en relación al modelo de liderazgo, Mao Zedong se ajustó al molde del fundador dinástico, megalómano, energético, caprichoso y ambicioso unificador. Su sucesor, Deng Xiaoping, jugó el papel del emperador heredero y discreto, que consolidó la tarea de su predecesor, reclutando burócratas eficaces, levantando la presión inicial sobre los letrados, abriendo el país a influencias exteriores de forma sabia y equilibrada, siguiendo la pauta vigente en las últimas décadas de la dinastía manchú de los Qing que se cifraba en la máxima del *zhongti xiyong* 中体西用 (esencia china, contingencia occidental), es decir, copiar selectivamente de los occidentales solamente su tecnología y su saber económico, pero mantener el enraizamiento esencial en lo propio. En la reformulación de Deng Xiaoping de este principio manchú lo contingente era el capitalismo venido de occidente y lo esencial el autoritarismo unificador del Partido.

Se produjo en las liturgias del poder maoísta y del fanático culto al Gran Timonel una reedición —probablemente insospechada por sus protagonistas— de atávicas pautas de la antigua religiosidad solar, burocrática e imperial. A pesar de la persecución implacable tanto de la religiosidad popular como de las instituciones religiosas organizadas, lo que Mao Zedong acabó haciendo quizás de forma inadvertida fue reformular la religión de Estado del viejo imperio. Enormes pinturas del líder carismático electrizando a las masas, con un halo de luz irradiando desde su cabeza, llevaban directamente a un paraíso de enormes mazorcas de maíz y trenes humeantes, mientras su improbable travesía a nado del río Yangzi le confería una unidad con las fuerzas de la naturaleza que rivalizaba con las de los más venerados emperadores. El maoísmo se acabó convirtiendo en una forma peculiar de religión de estado. No era nada extraño, pues, que en el verano de 1976 la gente interpretase los devastadores terremotos de Tangshan que sacudieron China semanas antes de la muerte de Mao como un inequívoco signo celeste que venía a confirmar lo que todo el mundo sabía: el Gran

¹ J. Gernet, *El mundo Chino*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 575

² J. Spence, “Ideas of Power: China’s Empire in the Eighteenth Century and Today”, *The Tanner Lectures on Human Values*, University of Utah, 1997, p. 98.

Timonel había perdido el favor del Mandato del Cielo. La dinastía parecía llegar a su fin.

Deng Xiaoping, Jiang Zemin y Hu Jintao, los máximos mandatarios reformistas que ha tenido sucesivamente China después de Mao Zedong, conservaron un poder enorme, pero renunciaron al aura de divinidad. Deng Xiaoping reunió todavía a su alrededor un cierto aura de carisma y liderazgo sabio, pero no llegó a los límites de promoción del culto fanático a la personalidad que protagonizó Mao Zedong. Se entró después en una era de predominio burocrático colectivo, de mandatos legalmente limitados, de liderazgos colectivos y de dirigentes eficazmente grises y de escaso carisma. Jiang Zemin, por más que lo intentó, no consiguió ni en los últimos años de mandato generar grandes pasiones populares. Hu Jintao o Wen Jiabao son apenas funcionarios distantes y afables, modestos y desconocidos para sus súbditos, meramente *primo inter pares* en la permanente del Politburó del Comité Central. Esta superación del patrón del dirigente divinizado heredado del periodo imperial, representaba la superación del caudillismo y del liderazgo mistificado hacia formas menos sujetas al capricho azaroso del dirigente de turno....pero en esas llegó Xi Jinping, con un renovado culto al líder, y con una concentración de poder sin precedentes en décadas anteriores. Quien sabe ahora si estamos ante el desmantelamiento parcial o total del sistema sucesorio establecido por Deng Xiaoping, de mandatos limitados y alternancias de generaciones de líderes, y de facciones o tendencias en el partido... Tampoco podemos saber si esto llega para quedarse o es fruto circunstancial como respuesta a los retos planteados por la azarosa transición del poder que representó el pulso de Bo Xilao y Zhou Yongkang, o la previsión de turbulencias sociales ante la transición de un modelo económico exportador a un modelo de consumo interno. Pero la perspectiva ayuda a entender y calibrar el relato.

Jean François Billeter detecta en su brillante ensayo *Chine trois fois muette* algunos rasgos enraizados en las formas características de poder y de institucionalización histórica en China. De muy lejos, como mínimo del primer milenio antes de nuestra era, procede una concepción china del poder ritual e ilimitada, sin dependencia ni justificación externa (ni divina, ni social), una concepción del poder más estratégica que política, que llega (tras incesantes reconfiguraciones y evoluciones) hasta nuestros días.

Así, cuando Mao Zedong afirmaba que la política era una forma de guerra, estaba en realidad diciendo que tanto en el campo de batalla como en el campo del gobierno se debe actuar de forma estratégica. Su concepción de una lucha de clases ininterrumpida no hace más que insistir en una concepción del poder absoluto que está permanentemente al acecho de posibles focos de disensión. Da lo mismo si se trata de un vicesecretario del Partido o de un batallón, el enemigo acecha agazapado donde menos se espera, y hay que engatusarlo con métodos indirectos e insospechados, dando dos pasos atrás para avanzar un paso, estableciendo alianzas tácticas contra natura, incordiando a Confucio para atacar a Zhou Enlai y a Deng Xiaoping, despellejando en una crítica literaria la obra de un oscuro autor teatral para hundir al Secretario General del Partido en la capital...

Deng Xiaoping rebajó la presión sobre la sociedad y el Partido, siguió la pauta del gobernante inactivo, que deja que las cosas surjan y se autorregulen, pero que al final cuando es necesario aplica la misma vara inflexible: siempre que alguien se atrevió a cruzar la línea de la disensión, del desafío o del contrapoder amenazante sintió como

caía sobre él la mano implacable del Estado. Durante mucho tiempo, desde 1990 hasta su muerte en 1997, Deng Xiaoping gobernó desde la sombra, a través de la mano interpuesta de Jiang Zemin, alardeando de tener como único cargo la presidencia honoraria de la asociación china de jugadores de *bridge*.

A lo largo de su historia, China ha reformulado de maneras distintas la constante indistinción entre lo sagrado y lo profano, entre lo público y lo privado, entre lo familiar y lo estatal. China es un ámbito histórico donde el humanismo no se funda en la idea de igualdad sino de singularidad, jerarquía y desigualdad (y fue paradójicamente durante el periodo maoísta del ideal colectivista, cuando más reglamentadas y codificadas quedaron las clases sociales: se convirtieron en marcas indelebles, explícitas y hereditarias al servicio de la dominación burocrática del conjunto de la sociedad). El humanismo de raíz judeo-cristiana y romana se basa en la idea de que todos somos iguales ante Dios y ante la ley. El humanismo de raíz confuciana se basa en la idea de que todos somos distintos, y que la armonía se cultiva cuando se sabe tratar a cada cual según su distinción, según su rango, su posición en el escalafón de parentesco, de edad, de nivel económico, de nivel social o político.

El poder absoluto evolucionó históricamente en China desde su inicial naturaleza aristocrática a una naturaleza burocrática (y por ahí sigue todavía), pero retuvo su naturaleza ilimitada basada en el principio (tan maoísta) de “dividir para vencer”: la burocracia ejerce su dominio absoluto sobre el conjunto de la población a través de la siembra de división interna. Ningún rasgo étnico, religioso o de clase social debe tener preponderancia por encima de los demás. En este equilibrio reside el poder absoluto, sin contrapesos de ningún tipo. En China no ha habido iglesias, grupos aristocráticos, señoriales o intelectuales (incluso hoy más que intelectuales hay en China publicistas, profesores, eruditos o letrados) que se hayan definido como poderes fácticos. Etimológicamente, en la China antigua, el concepto “poder” significaba capacidad de reequilibrar.

La doctrina de las Tres Representaciones incorporada por Jiang Zemin al ideario básico del Partido en el año 2002 venía a vacunar a la sociedad civil contra la tentación de constituir ámbitos o tendencias propias, al margen del poder: en el Partido cabe todo el mundo: incluso los empresarios y los profesionales enriquecidos, innovadores y emprendedores. Como ámbito totalizador de ordenación, el Partido debe representar también a los empresarios, a los multimillonarios, a los dinámicos artífices de la China urbana y rica. Ellos son ya un fragmento más de la totalidad que acoge el Partido. La reciente cruzada de Xi Jinping contra cualquier atisbo de esfera pública independiente o de sociedad civil organizada abundan en esta misma tendencia.

Que constitucionalmente China se defina como un régimen “socialista de mercado” no es ningún oxímoron, no es ningún rascacielos horizontal: es un dato irrelevante, puro accidente. En la dinámica estratégica del poder da exactamente lo mismo (lo dijo Deng Xioping) si los gatos son socialistas o de mercado, lo importante es que cacen ratones. Mao Zedong fue un estratega convulso y conspirativo. Deng Xiaoping un estratega taimado y sutil, hábil maestro de la paradoja aparente. Suave por fuera, duro por dentro. Xi Jinping parece reunir cualidades de ambos líderes: dureza y suavidad a partes iguales.

Jean-François Billeter detecta en la dualidad polar de la cosmología correlativa china (*yin-yang*) la peculiar pauta estructurante de la experiencia histórica china, equivalente en cierto modo al simbolismo de las tres funciones que Georges Dumezil creyó percibir en el fundamento de la experiencia histórica indoeuropea. Solo hace falta mantener la vista atenta a los datos y a los procesos históricos más concretos de la China contemporánea y al tiempo mantener en la memoria una perspectiva de larga duración para ver como emergen numerosos y reveladores paralelismos (del mismo modo que surgen evidentes y indiscutibles novedades, singularidades y diferencias, fruto de todo lo inédito que aporta el cambio social, ideológico, tecnológico, cultural, demográfico...).

Hay que recordar que en China la polaridad *yin-yang* se entendió siempre como un sistema de categorías fundamentalmente socio-políticas. Nada que ver con la exótica beatitud estupefacta de las *good vibrations* californianas. La correlación cielo-tierra simboliza la dialéctica entre un principio de poder activo, unificador de lo caótico y lo diverso (en terminología política china tradicional: el Cielo) y un principio de obediencia pasiva, de dispersión entrópica que necesita quien le de forma y cauce (en terminología política tradicional, la Tierra).

En diferentes entornos y a través de grandes transformaciones tecnológicas, económicas y sociales China ha reformulado históricamente esta pauta recurrente. Escribe Billeter: “El régimen actual reposa sobre las mismas bases. El Partido Comunista Chino ha restablecido, una vez más, la división tradicional de la sociedad en dos esferas, pero, esta vez, el cruce de la tradición china con la tradición bolchevique y otros elementos de procedencia occidental, ha producido una mezcla inestable, de futuro incierto”³.

Todavía hoy, a principios del siglo XXI los adalides del neo-autoritarismo capitalista chino, que defienden la necesidad de la misión histórica del Partido Comunista como ineludible guía firme y necesaria del proceso de modernización de la China actual, basan de forma implícita sus argumentos en este principio de la polaridad dual: el pueblo chino es esencialmente entrópico e inmaduro para la democracia, viene marcado por los “valores asiáticos”, es incapaz de ser dominado de ninguna otra forma que no sea un poder absoluto y unificador de lo disperso. Sin este principio absoluto de autoridad paternal que representa el Partido, China se vería abocada al *luan*, al caos y al desgobierno. Solo habrá progreso y riqueza en China con la estabilidad que sella y garantiza este poder esencialmente *yang*, duro, absoluto, solar, unificador, paternal y cruel si es necesario. Probablemente los teóricos del neo-autoritarismo chino tienen algo de razón. Pero tan solo un poco.

Es inviable y probablemente demagógico imaginar un cambio político repentino en China que no conlleve gravísimos, enormes efectos secundarios a nivel interno y a escala global. Casi nadie duda de que el caos y el desgobierno estarían asegurados. Pero sería perfectamente posible (y yo tímidamente añadiría que deseable) que se emprendiera un proceso reformista gradual y aperturista que vaya acercando el país oficial al país real, que vaya ensanchando decisivamente los márgenes de libertad de opinión y de información, los márgenes de autoorganización de una casi inexistente sociedad civil, la capacidad de control y elección de los poderes locales, la independencia y efectividad real del poder judicial, la potenciación de las instituciones legislativas existentes...

³ J. F. Billeter, *Chine trois fois muette*, Paris, Éditions Allia, 2000, p. 142.

Del mismo modo que en tres décadas se ha transformado radicalmente el paisaje económico chino, podría abrirse el camino gradual y atemperado hacia una sociedad china progresivamente abierta y dueña de sus designios, con una esfera pública más participativa y transparente. De momento no se atisba voluntad alguna de emprender seriamente un proceso reformista en esta dirección. El monopolio del poder sigue siendo una materia que queda fuera de toda discusión.

Siendo esto así, cuando en China se expresan reticencias a un sistema multipartidista democrático presentándolo como algo esencialmente ajeno a sus valores (asiáticos), se están en realidad expresando reticencias a un poder basado en la pugna reglamentada de opciones que representan grupos, intereses, minorías, ideas y sectores diversos en liza. Esta manera de resolver las tensiones sociales e ideológicas, en la perspectiva china neo-tradicional es sinónimo de *luan* (caos, desorden). En el mejor de los casos la democracia multipartidista es percibida como una farragosa y arriesgada pérdida de tiempo y de energía, como una forma estúpida, atrasada, burda e ineficaz de resolver las tensiones de la sociedad. Cuando los chinos contemplan la empantanada sucesión de elecciones y votaciones, de vetos y presidencias rotatorias de la Unión Europea, se sienten muy aliviados de poder decidir las cosas por procedimientos de optativo recurso consultivo, de consenso colegiado en una élite burocrática adoctrinada y perrunamente fiel, en un tenor tecnocrático y centralizado en muy pocas, poquísimas manos. Y con capacidad de planificar a medio plazo, sin depender de encuestas cada día.

De esta forma —con un punto de condescendencia impaciente—, perciben bastantes personas en China a las democracias multipartidistas: son vistas como formas de organizarse típicamente bárbaras, que no resuelven los conflictos de forma inteligente y sutil, sino que airean los conflictos, los pudren, los profundizan y los exponen de forma obvia y desagradable, los dramatizan, los confrontan... en vez de resolverlos de forma callada, sabia y eficaz...

La compulsión neotradicional china ve en el multipartidismo occidental una puerta abierta al desorden y a un desgaste inútil. Considera superior y más inteligente un poder fuerte y legitimado por una práctica sabia y benefactora, un poder paternal y benévolo (siempre que no sea puesto en duda, momento en el que debe sacar a relucir sus uñas de acero), un poder puede llegar a ser colegiado, abierto a las quejas individuales de sus súbditos, abierto incluso a la consulta de los técnicos, pero que si conviene puede ser amenazante, potencialmente brutal, ilimitado y represor de toda tendencia a la disgregación. Un poder que intenta neutralizar el conflicto antes de que surja, que busca un equilibrio a través del consenso y de la legitimación moral (vía confuciana) y a través de la violencia y la coerción (vía legista).

Evidentemente China no está predestinada al autoritarismo, pero lo que aquí se afirma es que el peso ideológico de la tradición autoritaria y su capacidad de mutar en engendros tan singulares como el del actual *Partido Comunista (neoliberal y neoconservador) Chino* es muy fuerte. Cuando en China se habla de reformas políticas casi todo el mundo está pensando en institucionalizar y modificar parcialmente lo que existe: se habla de constitucionalismo, de imperio de la ley, de permitir candidatos diversos (del partido) a un mismo cargo, de dotar de fuerza legislativa real y efectiva al Congreso Nacional del Pueblo, de dotar de algunas competencias representativas a la Asamblea Consultiva del Pueblo, de plantearse formas de representatividad real a nivel

local, de consolidar el sistema judicial, luchar a fondo contra la corrupción, ampliar el margen de la libertad de opinión... Dar un paso más allá es acercarse al abismo del *luan* (desorden, caos). Casi nadie habla ni ha hablado en China de multipartidismo.

Pero la muestra de que es históricamente posible superar esta compulsión autoritaria lo ofrece el régimen democrático chino de Taiwán, así como también la aspiración democrática de la sociedad de Hong Kong. En el primer caso, hay que tener en cuenta que la democratización se ha producido en unas circunstancias políticas, históricas y sociales muy peculiares y excepcionales que la han impulsado y favorecido. La irrupción de la democracia ha sido posible en unas condiciones históricas muy concretas que empujaban en esa dirección, la democracia era casi un mecanismo imperativo de supervivencia. La falta de legitimidad legal internacional (expulsión de la ONU) provoca que Taiwán solo pueda llegar a perdurar si se presenta a si misma como la “China Democrática” frente a la “China Autocrática y Comunista”. Evidentemente este no es el factor principal: fue la presión social, la percepción de las élites de qué papel debían jugar... En cualquier caso, el desarrollo histórico muestra en Taiwán (y en parte en Hong Kong) que es factible la existencia de una China democrática, pactista, plural, que asume los derechos civiles individuales y de las minorías (sexuales, nacionales...), que asume la complejidad sin intentar subsumirla bajo el manto de un discurso unificador, que asume la coexistencia de poderes diversos y limitados.

Volviendo al capítulo de las tendencias de influjo histórico y civilizatorio de largo alcance se sitúan también aquí los ciclos de historia económica de evolución secular e implicación global sobre el presente: China fue hasta inicios del siglo XIX un país de máximo desarrollo en escala comparativa global. China se percibía a si misma como un universo completo y etnocéntrico, rodeado de Estados menores y periféricos con los que se relacionaba a través de un sistema jerarquizado de embajadas tributarias. La conjunción de una serie de factores concurrentes generó una crisis secular. La expansión territorial china en Asia central a lo largo del siglo XVIII significó la duplicación del territorio del imperio, pero supuso un importante despliegue militar de larga duración y gran coste económico: se generó corrupción y desatención a las infraestructuras de regulación de las aguas. En paralelo se empezaron a suceder las rebeliones étnico-religiosas y campesinas que culminarían a mediados del siglo XIX en la Rebelión Taiping (1850-1864) que se llevó por delante entre veinte y treinta millones de contendientes y civiles de la zona del Yangzi, la más productiva y poblada de China. Hay que añadir el impacto negativo que significó para el tejido social, económico y administrativo la extensión del consumo de opio en capas sociales amplias y en modalidades de opio más adictivas que las que anteriormente se habían consumido en China. Tampoco hay que desdeñar el factor de la rigidez cultural e institucional de la dinastía manchú de los Qing, incapaz de responder de forma adecuada al desafío imperial colonial europeo y posteriormente también japonés. Evidentemente la agresión exterior que lideraron los británicos desde las guerras del Opio contribuyó de forma muy relevante a este proceso.

Hay historiadores que atribuyen a la explosión demográfica que se produjo entre 1680 y 1850 la pérdida de primacía de China en relación con Europa y el resto del mundo. La población del imperio central se triplicó en este periodo, pasando de 120 millones a 430. Si se abandona —aunque sea brevemente— la restringida perspectiva eurocéntrica con la que acostumbramos a contemplar el presente y el pasado, no se puede dejar de reconocer que hasta el siglo XVIII China era no tan solo el más extenso

y más poblado, sino además el más vertebrado y complejo, tecnológicamente sofisticado y organizado de los Estados existentes en aquel momento. Inmersos en marcos institucionales y procesos históricos totalmente diversos, los dirigentes europeos, rusos, indios, japoneses y otomanos coincidían a principios del siglo XVII en un mismo esfuerzo por desarrollar burocracias capaces de expandir y administrar un sistema fiscal y un control efectivo sobre el territorio. China les llevaba en ese terreno casi un milenio de ventaja.

Pero el extraordinario despegue demográfico que se produce en China desde finales del siglo XVII acabará superando la capacidad del imperio para abastecer a su población y para mantener en pie la solidez del Estado frente al desafío que representan los imperios occidentales a lo largo del siglo XIX. No hay que olvidar, sin embargo, que antes de esta crisis el campo chino aguantó durante más de un siglo el envite de la intensa presión demográfica. Consiguió mantener un paralelo crecimiento de producción alimentaria gracias a la incesante roturación de nuevas tierras y gracias al aumento del rendimiento agrícola

Durante el siglo XVIII la agricultura china llegó a su punto máximo de desarrollo. Consiguió sacar el máximo partido a sus tierras complementando los cultivos tradicionales (mijo, arroz, trigo, cebada) con nuevos cultivos que permitieron aprovechar el invierno y sacar un buen partido de tierras mal irrigadas (patata, maíz, boniato, sorgo). Algunos de estos nuevos cultivos procedían de América y entraron en China a través de la colonia española de Filipinas. En este periodo se desarrollaron también los cultivos de rendimiento procesado (algodón, te, caña de azúcar) y se intensificó la cría doméstica de porcino o volatería, así como la piscicultura. El entorno institucional jugó un papel decisivo en todo este desarrollo. La política agraria y fiscal de los Qing tomó desde finales del siglo XVII una orientación muy favorable al pequeño campesinado, que gozó del periodo de menor presión fiscal de su historia.

Este crecimiento paralelo de la población y de la producción alimenticia entró en crisis a finales del siglo XVIII. En este momento empieza a retroceder el índice de superficie cultivada por habitante. Las revueltas campesinas y étnicas del cambio de siglo, las guerras expansivas en Asia Interior, la inoperancia del Estado, el estancamiento cultural en que queda China tras la inquisición literaria del emperador Qianlong en el último tercio del siglo XVIII, la corrupción administrativa y militar, la extensión del consumo de opio en la élites y la huida de la plata a manos británicas para sufragar la compra del “barro de los extranjeros” se conjugarán hasta crear lo que J. K. Fairbank denominó la “paradoja de un crecimiento sin desarrollo”, que tan solo una revolución tecnológica podría haber desbloqueado.

Las variables en juego eran muchas más que la más fácilmente cuantificable dinámica demográfica. En la crisis china de inicios del siglo XIX se entrecruzan factores institucionales, geopolíticos, sociales, culturales, militares, tecnológicos... Sin embargo, se ha insistido en culpar del acelerado crecimiento demográfico chino a la fatal conjunción de un largo periodo de prosperidad económica con la característica estructura de familia extensa, en la que no era extraño ver a tres y cuatro generaciones conviviendo bajo un mismo techo. Este era un modelo familiar que incentivaba los matrimonios tempranos. Bajo el paraguas de la familia extensa, la nueva pareja no tenía por qué esperar años y años hasta haber reunido recursos suficientes como para establecer un nuevo hogar en una nueva casa. A efectos demográficos, esta precocidad

matrimonial aumentaba el periodo efectivo de fertilidad de la mujer y —siendo todavía precarias las formas tradicionales de anticoncepción— conducía indefectiblemente al significativo aumento del número de hijos por matrimonio. Comparativamente, en Europa las parejas tardaban más tiempo en formalizar el matrimonio, reduciendo así el periodo de fecundidad femenino: la curva demográfica no tardó en registrar sustanciales diferencias.

La repercusión de las pautas matrimoniales chinas sobre el proceso demográfico constituye un factor “cultural” que ha sido con frecuencia sobredimensionado y considerado como una de las marcas diferenciales de un Occidente racional y dinámico frente a un Oriente fatalmente irracional y estancado. No hay que olvidar que China llevó al cenit durante la primera mitad del siglo XVIII un modelo civilizatorio de base agraria y con un importante potencial de manufactura artesanal. Ciertamente fue en Europa —concretamente en un rincón insular de Europa— y no en tierras chinas donde se produjo el despegue del capitalismo, del desarrollo tecnológico moderno, del crecimiento económico sostenido. ¿Cabe por ello inferir que las cosas estaban ya inscritas en el código genético y cultural asiático? ¿Cabe asociar la secular pero perentoria superioridad tecnológica, económica y militar occidental a enraizados y radicalmente distintos valores culturales? Cuando se contemplan los hechos históricos sin hacer ascos a la complejidad de dinámicas, factores y procesos que concurren en ellos, se revela lo falaz y simplificador que llega a ser la modelización unívoca del devenir histórico, en una concepción mecanicista y causal, donde —*a posteriori*— siempre es posible aislar un factor determinante que lo explica todo.

La transformación del papel que China ha ido jugando en el mundo, en la economía global desde finales del siglo XVIII hasta la actualidad nos indica cómo estamos en el final del ciclo de la “convergencia” euro-norteamericana, del despegue y el dominio euro-norteamericano que dejó sensiblemente en los márgenes del desarrollo a China. Todo parece indicar que el dinamismo económico se ha desplazado de forma determinante hacia el continente asiático.

El año 2000 Keneth Pommeranz planteaba en clave comparativa con su libro *The great divergence*⁴ el debate historiográfico sobre la cronología y las causas del despegue económico euro-norteamericano que marcaría su predominio imperial en los dos últimos siglos. Pomeranz puso sobre la mesa de debate una pregunta que ya había planteado en los años veinte del siglo pasado el sociólogo calvinista Max Weber en los desarrollos de su obra fundamental *Die protestantische Ethik und der 'Geist' des Kapitalismus*, 1904 (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*). En ella exploró las religiones de China ¿Por qué fue Europa, y concretamente el Reino Unido, y no China o India, quienes se constituyeron en motores de la revolución industrial?, ¿cuáles fueron las causas y las condiciones para que se originasen en aquella conjunción espacio-temporal?, y, finalmente, ¿cuándo se produjo el salto o el distanciamiento económico entre Europa y Asia? Max Weber enfocó esta cuestión desde el punto de vista de la “ética calvinista” y el espíritu capitalista. Según los planteamientos de Max Weber, la Revolución Industrial empieza en el momento en el que se concibe el trabajo como una inversión, “no se gasta ni se ahorra, se invierte”. Según este planteamiento, en China la ética del confucianismo fue un freno al surgimiento del capitalismo, llevó al continente asiático al aislamiento y al atraso.

⁴ K. Pommeranz, *The great divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, Princeton University, 2000.

Esta idea de superioridad cultural europea frente a una China atávica, y claramente subdesarrollada ha sido refutada por Kenneth Pomeranz, Li Bozhong y otros autores de la llamada Escuela de California. Según esta perspectiva, China y Europa contaban con situaciones equiparables a principios del siglo XIX. El estudio comparativo de ciertas provincias chinas entre 1750 y 1800 y ciertas regiones europeas, confirma que China y Europa gozaban de un nivel de vida similar. Además, la producción de bienes de algodón en China, cuarenta años después del inicio de la Revolución Industrial era superior a la producción británica. El mercado hasta 1830 era más grande y competitivo en China que en las islas británicas.

Si las cosas se analizan desde una perspectiva temporal amplia y desde una perspectiva histórica universal, se vuelve evidente que el protagonismo económico de China a escala internacional no es un fenómeno inédito y sin pasado. En realidad la China emergente del siglo XXI no hace otra cosa que retornar a la posición de centralidad económica que ocupaba a principios del siglo XIX, cuando era la primera potencia manufacturera del mundo. Y llevaba como mínimo nueve siglos en esa posición. En 1776, Adam Smith había afirmado que China era un país más rico que todos los rincones de Europa juntos. Antes de 1800, los flujos comerciales intraeuropeos eran netamente inferiores a los flujos comerciales entre chinos, japoneses, siameses y javaneses. El historiador de la ciencia Joseph Needham ha demostrado con todo lujo de detalles que en términos tecnológicos China se encontraba en una posición dominante antes y después del Renacimiento Europeo. Historiadores como Paul Bairoch han puesto de manifiesto como en 1750 la producción manufacturera china superaba el 32% del total a nivel mundial, mientras Europa se situaba en el 23%.

Todo ello pone en entredicho la vieja creencia de que el periodo de dominio mundial europeo arrancarían con la era de los descubrimientos, la conquista de América, el Renacimiento y la Revolución Científica. Una perspectiva más amplia pone de manifiesto como la Revolución Industrial no surgió en las Islas Británicas por una necesidad histórica derivada de pautas culturales superiores, conductoras irremisiblemente a la modernidad, sino por una feliz y azarosa coyuntura de existencia de minas de carbón cercanas a los centros de producción, por la presión demográfica y la expansión colonial del siglo XIX. Y fue esta dinámica sumada a la crisis endógena que desplazó a Asia del protagonismo económico mundial, empobreciéndola, ruralizándola y desindustrializándola gracias a unas formas de comercio impuestas: el libre comercio colonial obligaba a las colonias a abrir unilateralmente sus fronteras a los productos europeos sin contrapartidas de ningún tipo. China estaba a principios del siglo XIX en condiciones objetivas de protagonizar un desarrollo exponencial similar al británico, o de impulsar un modelo de crecimiento distinto. Sin embargo, su carencia de colonias, la lejanía de las minas de carbón y otros factores “ecológicos” sumados a los avatares de las rebeliones y la crisis política en que se sumió no dieron lugar a ello.

La historiografía eurocéntrica tiende a percibir el desarrollo moderno como un proceso de protagonismo único europeo que pone de manifiesto su superioridad cultural, la raíz europea de los valores de la modernidad, que posteriormente se va difundiendo de forma "generosa" por el mundo., gracias a las empresas coloniales. La idea de historia global universal emergió en el siglo XIX y su base era un discurso eurocentrista que remarcaba la superioridad de Europa sobre el “otro”. Mientras los pensadores eurocéntricos construían las virtudes y la superioridad de Europa

enlazándola con la antigua Grecia, a China en particular y a “Oriente” en general, se le aplicaban características regresivas. Europa estuvo asociada a una lógica única en la que las semillas del progreso estuvieron contenidas dentro de su estructura cultural y sociopolítica. Por otro lado, la historia global se construyó a partir de una serie de categorías puramente europeas (feudalismo, renacimiento, capitalismo comercial, industrialización británica hasta llegar a la *pax* americana). De manera que la historia global y/o de Europa se podía comprender como proceso de evolución. En cambio los Estados de Asia se consideraban inmóviles, cerrados y despóticos, con sistemas de producción que estrangulaban a sus sociedades creando un estancamiento permanente: como hemos anteriormente apuntado, ya en Hegel y en la concepción de Marx y Engels del *Sistema de Producción Asiático* encontramos esta idea. No cabe duda de que esta historia global eurocentrista ha oscurecido el importantísimo papel de los agentes de Asia Oriental —y en especial de China— en el progreso de Europa. Recientemente un grupo de historiadores como Pomeranz, Hobson o Goldstone han intentado crear un nuevo discurso con una perspectiva global. Y es que es en China y en general en Asia Oriental donde se impulsa una economía global..